



Casa de Espiritualidad, Caleruega

SEMANA SANTA DESPOJADA DE SUS VESTIDURAS

Jesús Espeja, O.P.

Cuando un virus invisible nos descoloca

Significado actual de esta Semana

La expresión “despojada de sus vestiduras” evoca para los cristianos una estación del Vía crucis. “Jesús es despojado de sus vestiduras”. En nuestra situación marcada por la pandemia, puede evocar una Semana Santa despojada de procesiones, solemnidades litúrgicas, o tiempo de vacaciones. Para todos confinados en nuestras casas por miedo al virus y sin fármacos suficientes para combatirlo, será una Semana en que nos encontramos desvalidos ante un enemigo microscópico.

Este año no habrá Vía Crucis con solemnidad religiosa. Ni procesiones masivas con bellas esculturas o con imágenes adornadas de joyas y flores. Este año el Vía Crucis es de verdad y las figuras que hacen la procesión son de carne. Personas del mundo sanitario que por sanar heridas ellos mismos se contagian, hombres y mujeres que siguen trabajando para que los demás puedan subsistir, ciudadanos conscientes y responsables que se privan de sus gustos pensando en el bien común.

En esta situación, que también sufro, quiero reflexionar desde mi fe cristiana sobre el significado que puede tener una Semana Santa vivida en “el despojo”. Como en el camino de Jesús hasta en Calvario, en este Vía Crucis

de verdad hay muchos trances dolorosos y muchas caídas. Nos vemos despojados de nuestros vestidos y costumbres habituales hasta encontrarnos con la cruz desnuda. Pero desde la fe o experiencia cristiana, dos convicciones dan confianza. Todo sucede en la Presencia de Dios amor, aunque no todo lo que sucede sea causado ni querido por Él. Sufrimiento y cruz cuando se viven desde y por amor, tienen sentido y nos hacen crecer en humanidad. Dolor y confianza van unidos en esta meditación.

Domingo de Ramos

Dos visiones enfrentadas

Lectura del Evangelio sobre la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén

1. Significativamente el Mesías libertador esperado no llega montado sobre un caballo como los poderosos del mundo, sino en un asno signo de la mansedumbre y de la humildad.

“La gente muy numerosa iba delante y detrás de él, gritaba: ¡bendito el que viene en el nombre del Señor! Pero algunos de los fariseos que estaban entre la gente dijeron Jesús: Maestro, reprende a tus discípulos”.

2. La sociedad judía donde nació, creció y murió Jesús de Nazaret, soñaba con una liberación definitiva; ese anhelo utópico de una felicidad sin sombras que todos llevamos dentro. Aquella sociedad judía era religiosa; esperaba que la liberación fuera obra de un Mesías enviado por Dios. Pero había dos visiones sobre el mesianismo.

Según la visión de muchos, el Mesías llegaría con poder para satisfacer las carencias del pueblo judío y liberarlo de sus enemigos. Lo importante era cumplir ritos y normas religiosas. Una visión muy metida entre aquella gente, que, al ver la multiplicación de los panes, aclaman a Jesús y quieren hacerle rey.

Pero la conducta y la trayectoria de Jesús hablan de otro mesianismo; de otra visión, y de otro camino hacia la utopía de de la liberación y de la felicidad. No es la lógica del poder que se impone por la fuerza ni los ritos religiosos en consorcio con esa lógica del poder, El camino es el amor que sirve a los demás y se da gratuitamente para el bien de los otros.

Son las dos visiones que vemos en el relato evangélico de este domingo. “La multitud de discípulos”, los sencillos, escuchan, acogen y saltan de alegría celebrando el mesianismo del amor que Jesús practica y propone. Pero los soberbios arrogantes – tipificados en “los fariseos”- pegados a sus

privilegios sociales, siguen obsesionados en ser dueños de la situación, no toleran que los sencillos aclamen a Jesús y acaban condenando al verdadero Mesías.

3. Abrimos la semana santa en el enfrentamiento de estas dos visiones. En un mundo globalizado con exclusión, se ha impuesto la lógica del poder, del mercado y del descarte. Nos hemos lanzado a un progreso técnico sin precedentes y desbocado, abrigando incluso la pretensión de crear una inteligencia artificial, que sea otro modelo superior de ser humano; en esa pretensión un poco ilusoria empleamos los recursos que necesitan millones de personas para sobrevivir. Cuando este “superhombre” se cree dueño y señor único del universo, un virus lo encierra en casa y lo deja desarmado ¿No será un indicativo para que cambiemos de mentalidad y de lógica en el camino de nuestra liberación? El enclaustramiento forzoso de estos días puede ser oportunidad para responder a este interrogante.

Lunes santo

Humanismo versus economicismo

El Evangelio del día

“Seis días antes de pascua dieron a Jesús una cena en Betania. María tomó una libra de perfume, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su pelo. Judas dijo: ¿por qué no se ha vendido este perfume para atender a los pobres “.

1. Tenemos aquí una catequesis bien singular. Hay dos intereses. Uno es de María: expresar el amor gratuito empleando los propios recursos para manifestar su delicada generosidad y hacer agradable la vida del otro. Muy distinto es el interés de Judas: engrosar el caudal de la bolsa poniendo como excusa su atención a los pobres. Un interés humanista, que pone como centro y fin la dignidad de la persona humana, y otro interés economicista capaz de utilizar irreverentemente al indefenso para ganar más dinero.

2. Leyendo los Evangelios, vemos que esta fue la alternativa que planteó Jesús: o amar a Dios en los seres humanos, que son su imagen como hizo el buen samaritano; o amar al dinero, acaparando para sí como aquel rico insensato, que llena a rebosar sus graneros y se echa a dormir tranquilo e insensible a la necesidad sufrida por sus vecinos. Como buen samaritano, Jesús de Nazaret, movido a compasión, salió continuamente de su tierra segura, se puso al lado de los excluidos; así proclamó la dignidad de toda persona y señaló el camino para la verdadera realización humana: quien gaste su vida para que todos vivan con dignidad, “la gana”, se realiza; pero el que se

la guarda egoístamente “la pierde”, no se realiza como persona. Un nuevo humanismo, que no toleraron las autoridades religiosas judías, que cifraban su seguridad en ritos y cumplimientos de la religión, encubridores de su ambición económica. Su fiebre posesiva pretendió ahogar al humanismo verdadero, eliminando al portador de ese Evangelio.

3.El corona-virus pone en cuestión a una sociedad, que, lanzada en un ciego economicismo, está sufriendo el deterioro en las personas y en las relaciones humanas. En nuestra vida social estamos viendo que las personas son valoradas solo por su utilidad o rentabilidad económica; la compasión, la gratuidad y la solidaridad nada cuentan; las personas son manipuladas como trapos. Lo que cuenta es sacar el máximo beneficio económico a costa de quien sea y de lo que sea. Una sociedad deshumanizada por la lógica de la comercialización cada vez más insoportable.

Contra este economicismo inhumano, capaz todavía de montar engaños y estafas, aprovechándose de esta situación crítica, se levanta en esta misma crisis el verdadero humanismo, que es lo más original y auténtico de las personas. Vemos con esperanza cómo brota con fuerza este reclamo de más humanidad en el personal sanitario, en las fuerzas de seguridad del Estado, en trabajadores de supermercados, del mar o de transportes, que siguen adelante incluso arriesgando su propia seguridad para que los otros puedan vivir. El mismo reclamo que vemos en los hijos pendientes de sus padres ancianos y en el dolor que sentimos viendo sufrir a las personas. En ese reclamo son elocuentes los aplausos, que salen de ventanas y balcones, mostrando gratitud a tanta gratuidad.

Esta situación, que estamos sufriendo, traerá dura crisis económica. Para procesarla ¿seremos capaces de abandonar la lógica de la comercialización para crecer en más humanidad? La respuesta es libre, pues hemos sido puestos en manos de nuestra propia decisión.

Martes santo

Cómo reaccionamos en esta crisis

Evangelio del día:

“En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará. Otro de sus discípulos, el que Jesús amaba, estaba en la mesa al lado de Jesús; recostándose sobre el pecho de Jesús, le dice: Señor, ¿quién es? Le responde Jesús: Es aquel a quien dé el bocado que voy a mojar. Cuando tomó Judas el bocado, salió. era de noche. Cuando salió, dice Jesús: amigos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Vosotros me buscaréis, y, lo mismo que les

dije a los judíos, que adonde yo voy, vosotros no podéis venir. Simón Pedro le dice: ¿Por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por ti. Le responde Jesús: ¿Que darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes que tú me hayas negado tres veces”.

1. Jesús ha decidido ir a Jerusalén donde están las autoridades religiosas judías en consorcio con la autoridad política; es consciente de que pueden condenarle. Los discípulos le seguían “atemorizados”. El Mesías había recorrido las aldeas de Galilea haciendo el bien, sanando enfermos, defendiendo la dignidad de los excluidos, lamentando el egocentrismo de los arrogantes. Transformado por el amor que gratuitamente se da, estaba dispuesto a sufrir el mal físico, verse públicamente deshonrado, injustamente atropellado, y abandonado de todos

2. En su forma de vivir y de morir siendo hombre para los demás Jesús abrió el camino de la verdadera humanización. Ante esa propuesta, entre sus mismos discípulos hay tres reacciones.

Un discípulo solo piensa en su beneficio económico y para conseguir más dinero es capaz incluso de traicionar y vender al Maestro. El evangelista comenta: “era de noche”, la acción de Judas es de las tinieblas; no conduce a nada bueno.

Otro discípulo llamado Simón Pedro promete seguir a Jesús por escabroso que a trechos sea el camino. Pero cuando llegan las dificultades, opta por su propia seguridad y niega incluso pertenecer al grupo de los que siguen a Jesús. Este discípulo, después de la caída, lamenta su incoherencia y así refleja bien la conducta de muchos que avanzamos en la vida tratando de llegar a ser cristianos o seguidores de Jesús, pero cayendo en la incoherencia muchas veces.

Como horizonte hacia dónde mirar está el “discípulo ideal”; el que se reclina en el pecho de Jesús, una forma literaria de expresar su intimidad con Él, Ese discípulo ideal no es un espiritualista evadido de la realidad, pues permanece junto a la cruz; sufre la conflictividad y es capaz de sufrir lo que sea por seguir a Jesús construyendo la fraternidad en este mundo.

3. La crisis biológica que está generando el corona-virus acarrearán una crisis económica. Y ya desde ahora todos y cada uno debemos plantearnos qué conducta vamos a seguir.

¿Nos dejamos llevar como hasta ahora por la insaciable codicia de Judas quedándonos con la lógica del mercado, que prostituye la lógica del derecho en política y corrompe incluso ese espacio de gratuidad que es la familia?

Puesto que en esta crisis aflora con fuerza un nuevo humanismo ¿no será mejor ir por ese camino, aunque muchas veces nos veamos defraudados por nuestras mismas incoherencias como el discípulo Simón Pedro?

La fe o experiencia cristiana, vivida de modo único y singular por el “discípulo amado”, implica sufrir los conflictos y un serio compromiso para superarlos. Esa fe puede ser luz para la conversión a la solidaridad, que será necesaria para la reconstrucción económica que deberemos emprender pasadas estas semanas de agobio y de muerte.

Miércoles santo

“¿Acaso soy yo?”

Tiempo de purificación para la comunidad cristiana

Evangelio del día

“Al atardecer, Jesús se puso a la mesa con los Doce. Mientras comía les dijo: uno de vosotros me entregará. Le preguntaron uno tras otro: ¿soy yo acaso?”. Los Doce significa la totalidad de la Iglesia. Por eso “uno tras otro”, sin excluir a ningún cristiano, se preguntan sobre su fidelidad al Maestro, que, sin embargo, a todos ama: “mientras comía”, un gesto de amistad.

1. Jesús desea celebrar la Pascua con sus discípulos. La Pascua es el paso de Dios liberando de las limitaciones que esclavizan a los seres humanos. Implica una muerte a nuestro egocentrismo y una apertura libre a la presencia de Dios amor, que nos transforma, nos libera y nos salva. Jesús desea celebrar esta Pascua. Pero esta celebración no es un rito vacío; implica un compromiso de vida. En el juicio final algunos dirán: “Hemos comido y bebido contigo”, pero Jesús responderá: “no os conozco”, no habéis seguido mi conducta; habéis cumplido externamente, pero no habéis participado de verdad en mi vida, “mi cuerpo y mi sangre”; habéis seguido instalados en vuestras falsas seguridades. La figura de Judas es simbólica, pues sabemos muy poco históricamente, pero, según el relato evangélico, está entre los Apóstoles. La infidelidad en la vocación bautismal o seguimiento de Jesús pueden tener lugar en todos los bautizados, incluidos quienes han recibido un ministerio de autoridad en la Iglesia.

2. En las últimas décadas estamos viendo con horror esa lacra de la pederastia en el mismo clero. Pero ese cuerpo espiritual de Jesucristo, que es la Iglesia, sufre otras heridas muy graves por ambiciones de poder, por el fetiche del dinero, por el ansia de prestigio y relevancia social. Los llamados pecados capitales también anidan en los cristianos y explican los ridículos

antagonismos, los fundamentalismos cerrados y las rivalidades a muerte, que, con frecuencia, vemos incluso en las altas instancias de la Iglesia.

3. En estos momentos de crisis, quienes nos confesamos cristianos vamos con todos los demás seres humanos en el mismo barco muy azotado por violentas olas. Desde nuestra fe o confianza en Dios revelado en Jesucristo, deberíamos ser un signo creíble de solidaridad y de esperanza. Me impresionó ver al papa Francisco, en la plaza vacía de San Pedro levantando la custodia, símbolo real de Dios encarnado como presencia de amor a favor de todos. Los cristianos celebramos esa presencia, que a todos nos hermana en la comida eucarística. Para no quedarnos en las apariencias y en la mentira, cada uno sinceramente debemos preguntarnos: “¿soy yo acaso?” “Si al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja tu ofrenda ante el altar, ve a reconciliarte con tu hermano, y solo entonces vuelve a presentar tu ofrenda”. En el Evangelio se nos pide ser misericordiosos como el Padre, “Abba”. Urge responder a esta invitación con una conducta solidaria, en vez de quedarnos en el ritualismo, en la indiferencia religiosa y en la superficialidad.

Jueves Santo

Despertar a la solidaridad

1. Los judíos tenían como fiesta central, la pascua, el paso de la esclavitud a la libertad, gracias a la intervención compasiva de Dios cuando el pueblo hebreo estaba esclavizado en Egipto. En la cena pascual cada año se actualizaba esa presencia liberadora. Según los Evangelios, en la celebración de la comida pascual, Jesús interpretó su muerte como el paso de Dios liberador encarnado, que se entrega por amor en favor de todos. E hizo esa interpretación con dos gestos proféticos.

Un gesto fue la cena pascual con sus discípulos. En aquella cultura judía la comida era el espacio donde se manifestaban la cercanía y amistad entre los comensales. Compartiendo el pan y el vino ---elementos esenciales en la comida---, Jesús dice que entrega con amor su vida, “cuerpo y sangre”, para la vida de todos. Ese ha sido el objetivo de su conducta histórica, que sellará con su muerte próxima.

Otro gesto profético de Jesús en esa cena de despedida fue lavar los pies a sus discípulos. Algo inaudito en aquella cultura judía, donde el criado como el discípulo debían estar al servicio de su amo y de su maestro. De ahí la resistencia de Pedro a que su Maestro le lave los pies. En realidad, ese gesto fue un símbolo sacramental de la vida y de la muerte de Jesús. El evangelista

lo indica bien con algunos detalles. Primero Jesús se quita el manto; siendo rico se hizo pobre, no siguió la lógica del poder. Después se “ciñó” el delantal propio del servidor, como un guerrero se ajusta la armadura para el combate; no es fácil vivir y morir entregando la propia vida por los demás. Finalmente se arrodilla ante cada uno y como un servidor le lava los pies. La vida y la muerte de Jesús fueron un servicio de amor gratuito para la vida del mundo.

. 2. Y Jesús añade: “Haced esto en memoria de mi”, “os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo”. La celebración eucarística es en la historia de la Iglesia “memorial”, actualización simbólica y real de la última cena y del lavatorio de pies. Pero ya cuando las primeras comunidades cristianas celebraban ese memorial, asomaron las grietas. En una carta a los cristianos de Corinto, cuyo texto leemos en la misa del jueves santo, ya se denuncia la práctica perversa: mientras los ricos llevan sus manjares para comérselo ellos solos, y por otro lado los pobres, que también van a celebrar la comida fraterna, apenas tienen lo necesario para comer; eso no es “la cena del Señor”. Quizás ya más tarde, saliendo al paso del ritualismo encubridor de la injusticia, san Juan en vez del relato sobre la última cena, cuenta el lavatorio de los pies.

3. Este año, al menos en nuestra sociedad española, no habrá en el jueves santo celebraciones solemnes en los templos ni procesiones masivas por las calles. Tampoco será día de vacaciones en las playas. Nuestro forzoso confinamiento en casa puede ser oportunidad para un examen de conciencia.

Venimos organizando nuestra vida con una jerarquía de valores, que, a la hora de la verdad, cuando llega una pandemia, nos dejan desvalidos. En el área de los recursos el valor es acaparar individualistamente. En el área de las relaciones interpersonales el valor es la rentabilidad económica de la persona. En el ejercicio del poder, el valor es dominar y aprovecharnos egoístamente de los otros. Y a la hora de situarnos en la organización social, el valor es “mi seguridad y la de mi grupo”, cayendo así en un individualismo podrido.

Los gestos de Jesús en de la última cena, expresión de su conducta histórica, sugieren otra jerarquía de valores. Compartir incluso con los enemigos lo que uno es y tiene. Valorar a las personas por lo que son y no por lo que rentan, pueden o aparentan. Ejercer el poder como mediación del amor que sirve. Vivir comprometidos en el bien común de la sociedad con solidaridad compasiva.

En el empeño de superar esta pandemia estamos viendo cómo brota un humanismo en personas, que comparten cuanto son, tienen y pueden para sanar heridas y dar vida a los otros; la solidaridad prevalece sobre el individualismo y la fiebre posesiva debe dejar paso a la gratuidad. Pero, cuando pase la tormenta, ¿seguiremos el camino de la compasión solidaria o

volveremos a las andanzas con esa jerarquía perversa de valores que a todos nos destruyen?

Viernes santo

Solo el amor da sentido al sufrimiento

1. Relato de la pasión y muerte de Jesús según san Juan

El evangelista no quiere hacer una crónica de lo ocurrido, sino interpretar desde la fe el sentido de lo ocurrido.

“Jesús con sus discípulos pasó al otro lado del torrente Cedrón donde había un huerto donde entraron él con sus discípulos. Judas llegó con los guardias enviados por los sumos sacerdotes y fariseos con linternas, antorchas y armas. Jesús que sabía todo lo que iba a suceder, se adelanta y les pregunta: ¿a quién buscáis? Le contestaron: a Jesús Nazareno. Les dijo Yo soy. Al decir ‘Yo soy’ los soldados retrocedieron y cayeron por tierra. Les preguntó de nuevo: ¿A quién buscáis? Ellos insistieron: ‘A Jesús Nazareno’. Respondió Jesús: ‘Os he dicho que Yo soy’.

El evangelista hace notar que Jesús es “El yo soy”, que, según la Biblia, es el nombre realidad de Dios mismo, ante quien los seres humanos ---en este caso los soldados--- deben caer por tierra.

“Entonces los guardias prendieron a Jesús y lo ataron llevándolo ante Anás suegro de Caifás Sumo Sacerdote. Este interrogó a Jesús sobre sus discípulos y su doctrina. Jesús respondió: he hablado abiertamente ante todo el mundo; pregunta a los que me han oído. Ante esa contestación uno de los guardias dio una bofetada a Jesús diciendo: ¿así contestas al Sumo Sacerdote? Jesús respondió.” si he hablado mal prueba en qué, pero si he hablado bien ¿por qué me golpeas?”

Jesús es condenado a muerte por los altos representantes de la religión. Denuncia la injusticia que están cometiendo, pero no reacciona violentamente, se entrega con libertad y entereza.

“Cuando Jesús fue llevado ante el Sumo Sacerdote, la portera preguntó a Pedro: ¿no eres también de los discípulos de este hombre? Pedro contestó: “no lo soy”. Después que el gobernador romano Poncio Pilato autorizó la condena a muerte, Jesús fue crucificado. “Junto a la cruz solo quedaron María, la madre de Jesús, María mujer de Cleofá, María Magdalena y el discípulo ideal”. Los discípulos, que le habían acompañado por las aldeas de Galilea y celebraron con Jesús la última cena, huyeron. El Mesías muere abandonado de todos.

Jesús muere para edificar la Iglesia, la fraternidad.

El Crucificado dijo: *Todo está cumplido, e inclinando la cabeza entregó su Espíritu*". Según la tradición patristica, Jesús entregó su Espíritu a María, a las mujeres y al discípulo ideal, que estaban junto a la cruz representando a toda la comunidad cristiana. El evangelista termina su narración: *"Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salieron sangre y agua"*. La tradición ha visto ahí el origen de la eucaristía y del bautismo los dos sacramentos centrales en la edificación de la Iglesia.

2. El rechazo de los mismos religiosos económicamente bien situados contra el Evangelio de Jesús –“antes es el hombre que el sábado”-- salta muy pronto, según vemos en el relato de Marcos. Cuando los religiosos, para encubrir sus ansias de poder y sus intereses bastardos, crean una divinidad a su medida, cometen las mayores atrocidades. Jesús, en cambio, hablaba de un Dios, que es amor, se compadece al ver la situación inhumana que sufren los excluidos y pide una conversión: la solidaridad fraterna sin discriminaciones. El Evangelio desmonta la divinidad y la religión, encubridoras de la codicia y de la injusticia. La reacción normal de los religiosos instalados en su individualismo encubierto por una divinidad inventada por ellos, fue condenar a Jesús por blasfemo. La condena necesitaba el aval político, el imperio romano, que dio el gobernador Poncio Pilato.

Jesús no buscó la muerte. Lamentó la injusticia cometida por quienes le condenaban, tuvo miedo, sufrió el abandono de todos, la tentación y la soledad angustiada; pidió a Dios que le liberase de aquella muerte injusta. Sin embargo, en su intimidad experimentaba la presencia benevolente del “Abba”; se sentía enviado y su alimento era hacer la voluntad del que le enviaba. Respiraba el amor apasionado por construir la fraternidad; tal había sido el empeño de su vida que ahora sería sellada con su muerte. Jesús murió con terrible dolor, pero con profundo gozo que da la confianza inspirada en el amor.

Ahora ya podemos preguntarnos: ¿dónde estaba Dios “Abba” mientras agonizaba Jesús? No estaba en las alturas contemplando el crimen, ni sentado en su trono recibiendo satisfacción de su honor ofendido. Estaba dentro del Crucificado dándole confianza y fuerza para entregar su vida libremente y por amor a los demás. Quiere decir que la muerte de Jesús no fue un sacrificio ofrecido para aplacar a una divinidad airada por su honor ofendido. Fue la manifestación del Dios-amor encarnado en la humanidad, que, transformada por ese amor, fue capaz de entregar libremente la propia vida en favor de los demás.

3. En esa experiencia de amor, Jesús dio sentido y destruyó el duro aguijón del sufrimiento. En este viernes santo no podemos ir al templo para adorar la cruz. La vida de nuestra sociedad castigada por un virus nefasto se

ha convertido en un Vía Crucis; muchos caen bajo el peso de la cruz, aunque también son muchos los cireneos. Mirando al Crucificado es blasfemo decir que el sufrimiento es bueno y querido por Dios. El sufrimiento no abre el camino del porvenir. El sufrimiento solo encuentra sentido si se asume desde el amor gratuito, que inspira una entrega libre a favor del otro. Cuando amamos de verdad, sin esperar nada a cambio, aflora en nosotros esa Presencia de amor, que nos constituye y está fundamentando también a los demás.

Sábado santo:

En el silencio del mundo

El Evangelio: “*Los sumos sacerdotes y los fariseos “fueron y aseguraron el sepulcro sellando la losa y poniendo guardia”*. Los mismos que condenaron a Jesús, quieren sepultar su Evangelio. Con la losa sellada, ya solo queda el silencio. Después de celebrar la muerte de Jesús, según la liturgia se retira el Santísimo, se apagan todas las luces y solo queda un templo a oscuras, simbolizando una tierra donde Dios ha muerto. Hoy las calles de nuestras ciudades y pueblos, están vacías en el silencio del sábado santo. En este silencio valgan unos puntos de meditación.

1. *Silenciamiento del activismo*. Encerrados en nuestras casas, tenemos la oportunidad de pensar en el ritmo acelerado de nuestra cotidianidad para “hacer cosas”. En estos días ese activismo febril ha cesado y seguimos viviendo. Además, tenemos tiempo para encontrarnos con nosotros mismos y relacionarnos de otra forma con nuestros amigos lejanos y con nuestros vecinos muchas veces ignorados.

2. *Silenciamiento de la fiebre posesiva*, que centra nuestros afanes en ganar más y en consumir novedades sin apenas tiempo para digerirlas. Esta situación de crisis, cuando nuestros sofisticados inventos caen por los suelos, pueden ser indicativo para interrogarnos: ¿qué sentido tiene mi vida? ¿hacia dónde camino? ¿estamos solos o podemos confiar en Alguien, que salve tanto amor entregado y sane tanto sufrimiento inútil, que acompañe y dé fuerza cuando llega una calamidad? ¿la última palabra sobre nuestra existencia es el amor, o la soledad de los muertos?

3. Finalmente *silenciamiento de una pretensión ilusa*: “ser como Dios”, dueños absolutos del mundo. Estamos viendo que, cuando pretendemos manipular irreverentemente a la naturaleza, esa profanación se vuelve contra nosotros.

En muchos pasajes la Biblia se cuenta lo que tal vez nunca sucedió, pero que está sucediendo continuamente. Sus relatos son como paradigmas,

que se concretan una y otra vez en la existencia humana. Pensemos por ejemplo en el relato bíblico del paraíso y del fracaso cuando el ser humano rompe con su Creador. La consecuencia es el fratricidio del perverso Caín, que mata sin más a su hermano inocente; su presencia le estorba para vivir como dueño del mundo. Resulta espeluznante, contrario a la vida y atentado contra dignidad de toda persona, que los modernos tanto proclamamos, deshacernos de los niños incluso aún no nacidos o de los ancianos, porque ya no rinden económicamente.

La obsesiva codicia nos lleva sin remedio a convertirnos en criminales. Hace ya más de cincuenta años, cuando el desarrollo económico y técnico ya eran deslumbrantes, el concilio Vaticano II avisó: “La Sagrada Escritura, con la que está de acuerdo la experiencia de los siglos, enseña a la familia humana que el progreso altamente beneficioso para el hombre también encierra, sin embargo, una gran tentación, pues los individuos y las colectividades, subvertida la jerarquía de los valores y mezclado el bien con el mal, no miran más que a lo suyo, olvidando lo ajeno. Lo que hace que el mundo no sea ya ámbito de una auténtica fraternidad, mientras el poder acrecido de la humanidad está amenazando con destruir al propio género humano”. Años antes el teólogo francés, como introducción a su excelente libro “El drama del humanismo ateo”, escribió: “No es verdad que el hombre, aunque parezca decirlo algunas veces, no pueda organizar la tierra sin Dios; lo cierto es que, sin Dios, no puede, a fin de cuentas, más que organizarla contra el hombre”.

Que el silencio de este sábado santo, impuesto por un enemigo invisible, sea oportunidad para meditar sobre el rumbo, que estamos dando a nuestras vidas, embarcados en un desarrollo técnico imparabile y ciego.

Domingo de Resurrección

Ya estamos resucitando

Lectura del Evangelio:

“Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. De pronto hubo un gran terremoto, porque un ángel del Señor descendió del cielo y, acercándose, removió la piedra y se sentó sobre ella. El ángel dijo a las mujeres: No temáis vosotras, porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado”.

Los primeros cristianos creen o experimentan que el mismo Crucificado ha vencido a la muerte y ha entrado en la plenitud de la vida. Y manifiestan esa experiencia con lenguaje simbólico. Los “sumos sacerdotes y fariseos” –los enemigos del Evangelio-- sellaron la losa del sepulcro. Pero la fuerza de Dios, eso significa la presencia del ángel, levanta la losa y se sienta en ella, tiene poder sobre la muerte.

1. Los seres humanos llevamos dentro la sombra negra de la muerte; pero a la vez también puja en nosotros un anhelo de vida en plenitud. Por eso, ya en pueblos religiosos anteriores a la religión bíblica se creía en la supervivencia después de la muerte. Como solución a ese deseo de supervivencia, el filósofo griego Platón lanzó la teoría sobre la inmortalidad del alma. Sin embargo, en la revelación bíblica la esperanza en la resurrección de los muertos entra muy tarde, hacia el s. II antes de Cristo; pero con una novedad. El argumento no es el anhelo de supervivencia que todos llevamos dentro ni la inmortalidad del alma. El fundamento es otro: Dios amor y dueño de la vida, no puede abandonar en la oscuridad del sepulcro a sus fieles. Es el argumento que Jesús emplea para demostrar el error de los saduceos, un grupo de judíos que, en contra de la fe común en aquel pueblo, negaban la resurrección de los muertos al final de los tiempos.

2. Según la fe o experiencia de las primeras comunidades, lo que entre los judíos se esperaba para el final de los tiempos, ha sucedido y en Jesús de Nazaret, que fue crucificado por blasfemo e indeseable. Lo confiesa Pedro cuando en Pentecostés proclama la fe o experiencia de la primera comunidad cristiana: “A este Jesús de Nazaret, que, motivado por el amor, pasó por el mundo haciendo el bien hasta entregar la propia vida por los demás, Dios le ha resucitado”. Y la resurrección de Jesús no es una reanimación, o vuelta a la vida anterior, que sigue amenazada por la muerte; tal fue, por ejemplo, el caso de Lázaro, que cuenta el cuarto evangelista. Jesucristo resucitado “ya no muere más”. Ha entrado en la plenitud de la vida donde no hay dolor ni muerte.

3. Según san Pablo, la resurrección de Jesús es como primicias de una gran cosecha, que somos toda la humanidad. Es como el sí a ese anhelo de supervivencia y de inmortalidad al que tratan de responder las religiones y las filosofías con la supervivencia después de la muerte o la inmortalidad. Pero la gran novedad del Evangelio: la Presencia de amor, que llamamos Dios y nos sostiene a la largo de nuestra vida, es más fuerte que la muerte.

La muerte y la resurrección de Jesús de algún modo tuvieron lugar a lo largo de su existencia. Cuando sanaba enfermos, cuando compartía con los pobres, cuando manifestaba esa compasión solidaria ante los excluidos, cuando lamentaba la cerrazón egoísta de los arrogantes, Jesús era el hombre para los demás y, en su conducta, el Dios de la vida pasaba venciendo a la

muerte. No dudo de que en la entrega por amor gratuito de tantas personas, tratando de atender a los más débiles y de buscar el bien para todos, arriesgando incluso la propia vida, ya estamos resucitando, en camino hacia esa plenitud de vida sin muerte. Que sigamos siempre ese camino. Me gusta esa canción: "Alegría, hermanos, que si hoy nos amamos es que resucitó".